

# EL SENTIMIENTO DE VERGÜENZA EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD <sup>1</sup>

Marco Antonio Negrón <sup>2</sup>

## Resumen

A pesar que Freud dedicó su vida a describir ampliamente una serie de fenómenos psíquicos propios de su época y su relación con el funcionamiento del aparato anímico, pocas veces abordó en detalle el sentimiento de la vergüenza. Sin embargo, dada la demanda pública relacionada con el tratamiento de nuevas patologías mentales que desafían la experiencia del hombre moderno, ha surgido un renovado interés por examinar algunos de sus conceptos fundamentales, donde la vergüenza se destaca por el aparente vínculo que sostiene con la otredad. En este escenario, nos proponemos estudiar la significancia del sentimiento de la vergüenza en la obra de Freud, y con ello la posibilidad de esbozar una contribución para la comprensión de los fenómenos contemporáneos.

## Palabras Clave

Vergüenza, Freud, neurosis, perversión, dique psíquico.

## Abstract:

Freud dedicated his life and work to describe a series of psychic phenomena of his time, and its relationship with the functioning of the psychic apparatus, but rarely addressed in detail the emotion of shame. However, given the public demand related to the treatment of new mental pathologies that challenge the experience of modern human, a renewed interest has actually arisen to examine some of its fundamental concepts, where shame distinguishes for the

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado en el marco del seminario a distancia APCH "Límites y continentes psíquicos ¿cómo se constituye un adentro?".

<sup>2</sup> Psicólogo por la Universidad Austral de Chile, Puerto Montt, Chile.

apparent link that keeps with otherness. In this scene, we propose to study the significance of the emotion of shame on Freud's work, and with that, the possibility of a contribution for the understanding of contemporary psychic phenomena.

### **Key Words**

Shame, Freud, neurosis, perversion, psychic dam.

### Introducción

Puede no parecer del todo evidente que gran parte de los malestares culturales en la historia de la humanidad están determinados en modo significativo por condiciones contingentes; los avances de la técnica y la tecnología han marcado profundamente la experiencia cotidiana del hombre moderno. En consecuencia, no resulta difícil observar que gran parte de nuestros vínculos se vuelvan objeto de cuestionamientos por el incesante avance de las comunicaciones y el aparente distanciamiento físico que experimentamos en la actualidad. Así mismo, tendremos que asumir por añadidura la frustración que nos significa la pérdida de un ideal, una ilusión podríamos decir en clave freudiana, basada en el racionalismo científicista del siglo pasado. Ilusión que inundó también al espíritu y la anatomía misma del pensamiento psicoanalítico; no olvidemos la confianza de Freud por los avances de la ciencia y el uso de la *ratio* para el desarrollo de la cultura. No obstante, en su trabajo sobre el porvenir de una ilusión se podía percibir un esbozo crítico a los avances y los usos de la tecnología, al *saber* y *poder-hacer* que los hombres han adquirido para gobernar las fuerzas de la naturaleza (1927, p. 36). Del mismo modo, nos hemos convertido en espectadores pasivos de los fenómenos masivos de sobreexposición del cuerpo, que trascienden por mucho el mercantilismo erótico, traspasando las

barreras de lo comercial, volviéndose una conducta común y abundante hasta el fastidio. Desde esta pequeña reflexión surge la necesidad por cuestionar el vínculo cada vez más recurrente entre los medios masivos y la exposición del hombre; esta compulsión exhibicionista nos compele a indagar la relación que el hombre moderno sostiene con el propio cuerpo, y la aparente ausencia de *vergüenza* en dicho afán de exhibición. En ningún caso pretendemos ser exhaustivos, pero en la eventualidad del estudio serio de la obra de Sigmund Freud depositamos nuestra esperanza, no de esclarecer definitivamente el tema, sino de ser un aporte para la comprensión de los fenómenos culturales contemporáneos y venideros; nuestro interés por el sentimiento de la vergüenza en la obra de Freud se justifica, en primer lugar, por el incipiente afán exhibicionista de la cultura moderna; y en segundo lugar por la relación que este sentimiento guarda con la estructuración del aparato mental y en particular con la estructuración de la represión como principal mecanismo formador de lo inconsciente desde su expresión más orgánica.

La vergüenza en Freud.

En su acepción más simple, la vergüenza es definida como una “turbación del ánimo ocasionada por la conciencia de alguna falta cometida, o por alguna acción deshonrosa y humillante”, pero que más adelante prosigue y agrega: “que frecuentemente supone un freno para actuar o expresarse” (Real Academia Española, 2001). A lo que nos debemos aferrar, para lo que nos proponemos, es fundamentalmente que se trata de una perturbación del ánimo desprendida de la conciencia por una acción evaluada como negativa y que pone un freno al actuar. Ahora bien, para nosotros lo principal es tener presente que la vergüenza no es un concepto freudiano y que su tratamiento por parte de Freud fue más bien escaso,

atribuyéndole la más de las veces un valor puramente convencional; esto no quiere decir de todos modos que no tenga importancia en el desarrollo de sus teorías, y será esta la apuesta que nos esperaremos en sostener. Sin embargo, y de la misma manera, no fue atractivo para gran parte de los continuadores de su obra, quedando el concepto de la vergüenza relegado a un plano nebuloso, lleno de dudas e incluso malos entendidos. Tampoco es posible encontrar un tratamiento del tópico de la vergüenza en diccionarios especializados de psicoanálisis. Así por ejemplo, se advierte absolutamente ausente en el trabajo de Laplanche y Pontalis (2006). Además, encontramos la dificultad de saber si lo contenido en el diccionario de psicoanálisis bajo la dirección de Chemama y Vandermersch (2004) son especulaciones del propio Freud o bien de autores posteriores, principalmente por las frecuentes referencias a los conceptos lacanianos de “el Otro”, “objeto *a*” o “el fantasma”. Esto no significa sin embargo que Freud no haya planteado al respecto distinciones de gran valor para la tarea que nos imponemos. Él mismo reconoce, por ejemplo, un incuestionable valor para el diagnóstico diferencial de la melancolía y la paranoia al referir que “la vergüenza perdía la capacidad de afectar al sujeto por más que este la invoque” (2004, p. 690). También se enfatiza en el vínculo de oposición que la vergüenza sostiene con la culpa, como un efecto de las funciones del ideal de Yo sobre el Yo, y no del superyó, como ocurriría con la culpa.

De todas maneras, y de modo preliminar, podremos afirmar que la vergüenza no fue una temática a la que Freud le haya prestado particular atención, pero que sin embargo desde los orígenes de sus elaboraciones teóricas asoma en las más diversas formas. No en vano en el denominado *Manuscrito K*, titulado “Las neurosis de defensa”, propone algunas líneas que difícilmente podríamos desdeñar. Sobresale el hecho que dicho texto fue un anexo a la Carta N°39, fechada el 1° de

enero de 1896, dirigida a su entrañable amigo Wilhelm Fliess. Época en la que Freud comenzaba a delimitar el tema de la etiología diferencial de las neurosis de defensa, o psiconeurosis y su relación con la sexualidad. Resaltamos así el hecho de que en apariencia el sentimiento de la vergüenza tendría un parentesco, hasta ahora poco detallado, con la génesis de alguna forma particular de neurosis. Parte examinando la existencia de cuatro tipos de estas neurosis de defensa, pero que en su forma sintomáticas pueden diferir profundamente. Sin embargo, a todas las denomina como aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales, que dependiendo de su forma defensiva corresponderán a la histeria, la neurosis obsesiva, la paranoia o el duelo. Para los efectos de la presente exposición, nos limitaremos a examinar exclusivamente las formas defensivas de la neurosis obsesiva, a las que Freud denomina “de reproche” (*Vorwurf*); no obstante no sólo por iniciativa propia nos limitaremos a este campo, el mismo autor se restringe a exponer el mecanismo defensivo de la neurosis obsesiva por parecerle el proceso más transparente del que haya tomado noticia.

Inicia su examen con una pregunta en torno a la aparente relación existente entre perversión y neurosis: “¿A qué se debe que bajo condiciones análogas se genere perversidad o, simplemente, inmoralidad en lugar de neurosis?” (1896, p. 261). Es decir, cuál es la fuente del displacer que una estimulación sexual prematura está destinada a desprender, sin la cual no se justifica su consecuente represión. Inmediatamente responde que la *vergüenza* y la moralidad son las principales fuerzas represoras y que la vecindad natural de los órganos sexuales infaltablemente despertará asco ante la vivencia sexual. Destacamos entonces la prematura distinción que Freud se resistirá a abandonar, incluso bien avanzada sus teorización, referente a la *vergüenza* entendida como una “fuerza represora”

primaria. Argumenta que ante la inexistencia de vergüenza no habrá represión alguna y que por lo tanto ninguna neurosis será consecuencia de estimulación sexual infantil. Desestima enérgicamente esta perspectiva explicativa y complementa que “la génesis de la vergüenza se enlaza con la vivencia sexual mediante un nexo más profundo” (1896, p. 262).

Como se puede apreciar, para esta época Freud aún no abandona absolutamente la denominada teoría de la seducción en la génesis del conflicto neurótico. Es más, esboza una “fórmula canónica” para el desarrollo de las neurosis de represión en la que destaca como primer estadio una vivencia sexual prematura, de carácter traumática, que ha de ser reprimida; luego, a raíz de una ocasión posterior, se despierta lo reprimido dando lugar a los síntomas primarios; en seguida, una defensa lograda, semejante a la salud pero con síntomas primarios y, finalmente, un estadio que podríamos calificar como retorno de lo reprimido, con síntomas nuevos que componen la enfermedad propiamente dicha. De manera que las diferentes manifestaciones neuróticas se asientan en el modo en que las representaciones reprimidas retornan, dando lugar a la formación de síntomas, pero fundamentalmente en cómo se compone la represión.

Ahora bien, si retomamos su inclinación por ilustrar el devenir de la neurosis obsesiva, notaremos que Freud distingue en ella una vivencia primaria dotada de placer, pero que al ser recordada con posterioridad, de este recuerdo se desprende una impresión displacentera que daría lugar a un reproche consciente; tanto el reproche como el recuerdo son reprimidos dando forma en la conciencia a un síntoma contrario, una inquietud anímica de la conciencia moral. Nuevamente, se vuelve sobresaliente la distinción entre una etiología pasiva en la histeria y una etiología activa en la neurosis obsesiva, que de todos modos Freud llegará a

abandonar en escritos sucesivos. Sin embargo, nos dice Freud, en el estadio del retorno de lo reprimido se verifica que el reproche retorna inalterado para el caso del obsesivo pero emerge como una conciencia de culpa carente de contenido. Así mismo, este afecto-reproche puede mudarse en otros afectos más nítidos para la conciencia, entre los que destaca la angustia, la hipocondría, el delirio de persecución o como vergüenza, la que describe como “miedo al saber de los otros sobre la acción-reproche” (1896, p. 264).

Agrega también que en la lucha defensiva del yo contra las representaciones obsesivas se generan síntomas secundarios como el acrecentamiento de la escrupulosidad de la conciencia moral (síntoma primario) o la compulsión por guardar. Describe entonces tres clases de síntomas: primario de defensa, de compromiso de la enfermedad y secundarios de defensa. No obstante, confiere que en los casos en que el contenido mnémico por sustitución no deviene susceptible de conciencia, pero sí el afecto de reproche por mudanza, parecería que sería producido a causa de un desplazamiento a lo largo de una cadena de razonamientos: “me hago un reproche por causa de un suceso –temo que otros estén al tanto–, por eso me avergüenzo ante otros” (1896, p. 265).

Posteriormente, el 14 de noviembre de 1897, en lo que hoy conocemos como *Manuscrito N*, Freud le dirige una nueva carta a Fliess, donde hiciera referencia a la vergüenza, ahora si preocupado del mecanismo de la represión. Sin embargo, en esta oportunidad lo hará a propósito de su intención declarada de hallar la fuente de la represión sexual normal, que por largo tiempo no había encontrado hasta que se topó con ideas similares en el trabajo del psiquiatra alemán y fundador de la sexología moderna Albert Moll. Llega entonces al discernimiento de que en la represión coopera algo orgánico, que se apoyaría en el abandono de ciertas zonas

sexuales. Agrega que producto de la posición erecta en la marcha del hombre se ha vuelto alterado el papel de las sensaciones olfativas, y con ello, las sensaciones propias de la tierra que antaño interesaban, se convierten en repugnantes. Dichas zonas implicadas son la región del ano y la cavidad bucal. En su opinión, durante la infancia no está tan localizado el desprendimiento de placer y dichas zonas sexuales iniciales posteriormente abandonadas incitan algo análogo al desprendimiento sexual pues también sobrevienen desde las representaciones, y en consecuencia por el camino de la posterioridad (*nachträglichkeit*) y/o huellas mnémicas. No obstante, la consecuencia del recuerdo con posterioridad de la excitación de las zonas sexuales abandonadas no despierta sino un displacer, “y así como en el asco extrañamos (damos vuelta), el órgano sensorial (cabeza y nariz), de igual modo lo preconscious y el sentido consciente se extrañan del recuerdo. Esta es la represión.” (1897, p. 311-12). Explica Freud que la base afectiva para una multitud de procesos intelectuales del desarrollo, como la moral o la vergüenza, devienen del resultado de una represión sexual normal a expensas de una sexualidad sepultada y que a falta de ese sepultamiento de zonas sexuales se puede producir la *moral insanity* como inhibición del desarrollo. Es decir que, toda vez que estas zonas continúen vigentes en el ser humano, se genera perversión.

No pasó mucho tiempo para que Freud retomara tangencialmente la cuestión de la vergüenza, situándola ahora como un límite que separa a la neurosis de la perversión desde una perspectiva etiológica. De manera que para 1905, en su texto fundamental *Tres ensayos de teoría sexual*, presupone en el bebé humano una disposición natural para el desarrollo de la perversión, declarando una dificultad particular en la pretensión de separar tajantemente entre una aptitud fisiológica y un estado patológico. De todos, confiesa que hay condiciones tan alejadas de la

normalidad que no podrían sino ser declaradas como “patológicas”, especialmente, nos dice Freud, en aquellas asombrosas operaciones en que la pulsión sexual tiende a superar las resistencias de la vergüenza, el asco o el horror.

Claramente reconocemos el vínculo que sostiene, al menos para Freud, el desarrollo de la perversión en su estado patológico y las “resistencias” de la *vergüenza* o el horror. No es menor la definición que propone, puesto que lo patológico de la perversión no está determinado por el contenido de la nueva meta sexual de la pulsión sino por su apartamiento de la normalidad. Freud se apresura a realizar una intelección y afirma que “la pulsión sexual tiene que luchar contra ciertos poderes anímicos en calidad de resistencia; entre ellos se destacan de la manera más nítida la vergüenza y el asco” (1905, p. 73). Agrega que estos “poderes” circunscriben a la pulsión sexual dentro de las exigencias consideradas normales, y que si han logrado desarrollarse tempranamente en el individuo serán estas las que marcarán la dirección en el desarrollo de la pulsión sexual en su plenitud.<sup>3</sup>

Más adelante, en el mismo texto de 1905, continúa describiendo los movimientos de la pulsión sexual en los neuróticos y refiere que el carácter histérico permite individualizar una cuota de *represión sexual* que rebasa con mucho la medida de lo normal; habla de un aumento de las resistencias de la pulsión sexual, resistencia que conocimos como vergüenza, asco y moral (1905, pp. 75). Si Freud era capaz de endosar a la perversión una ausencia o fracaso en el desarrollo de las resistencias normales, veremos que para el caso de la neurosis parece describir un proceso de

---

<sup>3</sup>En una nota al pie de página que Freud agrega en 1915 a su primer ensayo de teoría sexual sobre “Las aberraciones sexuales”, sostiene que en estos poderes que ponen un dique al desarrollo sexual es posible encontrar un sedimento histórico de las inhibiciones externas que la pulsión sexual experimentó en la psicogénesis de la humanidad y que en un momento del desarrollo del individuo emergen como espontáneamente a una señal de la educación y de las influencias externas. Lo fundamental de esta nota será retomado más adelante, al revisar las impresiones freudianas sobre la vergüenza en su trabajo de 1929, *El malestar en la cultura*, pero que preliminarmente podemos señalar como un enfoque psicogenético del desarrollo de la vergüenza.

desarrollo opuesto, en el que las exigencias sexuales de la pulsión no emergen consientes para el individuo; los síntomas neuróticos serán entonces el sustituto de una serie de procesos anímicos investidos de afectos y aspiraciones, que a causa del proceso psíquico de la represión se les ha denegado –frustrado, dice Freud– su tramitación en una actividad psíquica susceptible de conciencia, es decir que dicha frustración permanece inconsciente. Entonces, en este encuentro que describe Freud entre neurosis y perversión, agrega que “los síntomas se forman en parte a expensas de una sexualidad *anormal*; la *neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión*” (1905, p. 77), estableciendo una suerte de fundamento común para las manifestaciones sintomáticas tanto de la perversión como de la neurosis, pero que difiere en su génesis, es decir, la incidencia de los poderes de las resistencias o *diques psíquicos*.

En el segundo de sus ensayos, titulado “La sexualidad infantil”, Freud igualmente dedica algunos pasajes al tópico de la *vergüenza*. Describe el período de latencia sexual durante la infancia, que contempla el tercer y cuarto año de vida, en que el germen de mociones sexuales tempranas sufre una progresiva sofocación que edifican los “poderes anímicos” que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y “angostarán su curso a la manera de unos diques” (1905, p. 92) en los que destaca, nuevamente, el asco, el sentimiento de vergüenza y los reclamos ideales en lo estético y en lo moral. Sin embargo, refiere que aquellos diques no son obra exclusiva de la educación o el influjo externo y aunque son de gran influencia, en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico que en determinados casos no requiere de dicha influencia proveniente de lo exterior. No en vano se pregunta acerca de los medios para que dichas construcciones tan importantes para la cultura y el desarrollo normal del individuo se ejecuten, llegando

a la intelección de que por medio del mecanismo de la sublimación (también por medio de la formación reactiva) la energía de las mociones sexuales infantiles es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. Entonces agrega:

“Las mociones sexuales de estos años infantiles serían, por una parte, inaplicables, pues las funciones de reproducción están diferidas, y serían en sí perversas, esto es, partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo solo provocarían sensaciones de displacer. Por eso suscitan fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral” (1905, p.93)

Observamos enseguida que Freud distingue dos estadios en el movimiento de las mociones pulsionales para este periodo de diferimiento, por una lado su origen en zonas erógenas sustentadas en pulsiones que bajo estas condiciones solo deparan displacer y por otro lado el surgimiento de fuerzas contrarias de sofocación (contrainvestidura). Agrega más adelante que este periodo de latencia infantil constituye un ideal pedagógico del que pocas veces tenemos noticias en la realidad objetiva; cada cierto tiempo irrumpe un bloque de exteriorización sexual que se ha sustraído a la sublimación, o bien cierta práctica sexual se conserva hasta el estallido de la pulsión sexual de la pubertad. Freud concluye este pequeño apartado referente a las mociones pulsionales en estado de latencia y al levantamiento de su defensa, afirmando que los educadores en observación de la vida sexual infantil se conducen como si compartieran “nuestras opiniones acerca de la formación de los poderes de defensa morales a expensa de la sexualidad”, subrayando el carácter

autónomo de dichas formaciones, independientes de la educación o la influencia cultural.

Prontamente Freud se plantea la tarea de diferenciar tanto las causas internas como externas de la reaparición de actividad sexual durante la lactancia, asume definitivamente que no se necesita la seducción, es decir tratar al niño como objeto sexual, para despertar en él la vida sexual, pues este despertar puede producirse también de forma espontánea a partir de causas internas. Lo aparentemente llamativo para Freud es que bajo la influencia de la seducción, el niño se abre camino hacia la práctica de todas las transgresiones posibles, aunque estas últimas suelen tropezar con escasas resistencias ante la demora en la formación de los “diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco, la moral” (pp. 108). Esto es lo que compele a Freud a suponer en la base de la experiencia sexual infantil de placer una disposición perversa polimorfa común a toda la humanidad, que tiene su origen en la uniforme inclinación a todas las perversiones. No es menor que a propósito de esta disposición perversa común, la vida sexual del niño también envuelva, dice Freud, a otras personas en calidad de objeto de satisfacción sexual. Resuelve enseguida que las pulsiones parciales en esta época de la infancia florecen con cierta independencia de las zonas erógenas y sólo después se estrecha su vínculo con la vida genital; éstas son las pulsiones del placer de ver y de exhibir, y de la crueldad. Nos recuerda Freud que “el niño pequeño carece de vergüenza, y en ciertos años tempranos muestra una inequívoca complacencia en desnudar su cuerpo poniendo particular énfasis en sus genitales” (1905, p. 109). Aunque sólo más tarde y avanzada la niñez se manifiesta la correspondiente inclinación considerada perversa por ver los genitales de otros, “cuando el escollo de la vergüenza ya se ha desarrollado en alguna medida” (1905, p. 109).

Ahora bien, para el tercer y último de los ensayos, titulado “Las metamorfosis de la pubertad”, Freud agrega pocas cosas respecto de lo ya dicho, pero plantea una distinción interesante acerca del establecimiento de los denominados diques psíquicos en las diferentes posiciones subjetivas de lo femenino y lo masculino, particularmente como un elemento diferenciador de la sexualidad entre el hombre y la mujer. Revela que en la niña pequeña el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad se cumplen antes y con menor resistencia que en el varón. Notablemente afirma que para ambos sexos las manifestaciones autoeróticas y masturbatorias de las zonas erógenas son las mismas al comienzo, lo que suprime la posibilidad de diferenciación sexual sino hasta la pubertad, por lo que en la niña las manifestaciones de su sexualidad son primariamente de carácter masculino, la libido es regularmente de naturaleza masculina, agrega. De este modo justificaba Freud la posibilidad de emparentar lo femenino con la pasividad, y la actividad con lo masculino. Comenta que en la niña parece mayor su inclinación a la represión sexual, porque “toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adopta de preferencia la forma pasiva” (1905, p. 144). Resaltamos el hecho que Freud no instala una relación causal entre el posicionamiento pasivo de lo femenino y el desarrollo anticipado de los diques psíquicos de la vergüenza, el asco o la compasión en la niña antes que el varón. Será de todos modos una especulación que nos rehusaremos a desechar apresuradamente.

Finalmente, y luego de una extensa exposición, Freud se siente autorizado para afirmar la existencia de una disposición originaria y universal a la perversión en el desarrollo de la sexualidad humana basado en su tesis de las mociones sexuales parciales, pero que a consecuencia de alteraciones orgánicas e inhibiciones psíquicas se desarrolla la conducta sexual normal. Destaca a la *vergüenza*, el asco,

la compasión, y las construcciones sociales de la moral y la autoridad entre los poderes que mantienen a la pulsión sexual perversa dentro de ciertos límites, pero también el horror y el dolor son mencionados en otro pasaje del texto.

Por otro lado, no podemos renunciar aún a inquietudes que permanecen irresueltas, pues sostiene Freud que lo que limita la disposición originaria y universal a la perversión son alteraciones orgánicas e inhibiciones del aparato psíquico, sin lograr describir la naturaleza orgánica o bien psíquica de los poderes que orientan la pulsión sexual, los llamados *diques psíquicos*.

Si nos detenemos por un instante, solo para recordar una distinción propuesta por Le Guen (1993) en su texto “La represión”, podremos incluir al sentimiento de la vergüenza al interior de una “hipótesis filogenética” que se volvió necesaria para Freud por sus implicaciones dinámicas; “así pues, la represión originaria es primeramente una exigencia teórica” (1993, p. 72). Agrega Le Guen (1993): “el primer tiempo del proceso de represión es el que regularmente se califica de «primordial»; es sobre todo «primario», por ser primero” (pp. 72). Así argumenta Le Guen la necesidad que tuvo Freud para sostener el edificio teórico que implica la represión, es decir que “para poder reprimir, es preciso que estén dados los medos; para que el proceso se lleve a cabo es necesario que se encuentre instalado y funcionando un lugar, una vía y una acción. El tiempo y el lugar primordiales constituyen, pues, la piedra angular de todo el sistema de la represión, fundan su legitimidad histórica, así fuese mítica” (p. 73). Por supuesto, la incidencia de un factor orgánico en el origen de la represión no permite sino la afluencia de un elemento protector, una defensa de fuerzas contrarias para el desarrollo de la infancia; de este modo se está protegido contra el trauma, “que nos conduce a la fijación”. Con esto Le Guen nos recuerda que no se trataría de la represión en un

sentido singular, sino más bien al desarrollo de las represiones, que descompone en tres fases. Sin embargo y solo por razones de economía prestaremos nuestra atención a la primera fase de estas, la represión primordial. Refiere que sería consustancial a la distinción Yo/Ello y postula que “existiría un «primer inconsciente» movido por procesos arcaicos que, confrontados con experiencias de maduración tanto sociales como biológicas, conducirán a una mutación cualitativa que les otorgará valor de «defensa» y que sobrevivirán en parte a ese inconsciente primitivo; serán los componentes de la represión primordial ulteriormente localizables en la clínica, represión primordial postulada por la metapsicología y en sí mismo no comprobable directamente” (1993, p. 76).

Ahora bien, la represión primaria no parece ser un concepto unívoco como intenta mostrarnos Claude Le Guen, o al menos eso es lo que nos invita a pensar Guillermo Brudny (2006), quien en un seguimiento exhaustivo del texto freudiano es capaz de distinguir al menos tres formas o acepciones en la que la represión primaria o primordial aparecen en la obra de Freud; describe una primera acepción a la que denominó “estructural” a la que Freud le atribuye el papel de inhibir los procesos primarios transformándolos en secundarios (2006, p. 66). En seguida menciona una segunda acepción, claramente distinguible en los “Tres ensayos” (1905) al que le adjudica el papel de inhibir las satisfacciones pregenitales y a la que denomina como “orgánica”, y finalmente una tercera acepción que denominó como “represión primordial funcional”, desarrollada fundamentalmente en el texto de 1920, “Más allá del principio del placer”, a la que le atribuye la función de ligar la cantidad de estímulo que ingresa al aparato mental. La relevancia del trabajo de Brudny para nosotros es que nos permite situar al sentimiento de la vergüenza en la acepción de una “represión orgánica”, es decir cuando el aparato mental en desarrollo “ha

alcanzado el proceso secundario y las acciones específicas que permiten la satisfacción de las pulsiones sexuales pregenitales” (2006, p. 70). Lo fundamental para Brudny es que se trata de la evolución de inhibiciones de las zonas sexuales para dar lugar al desarrollo y que “preanuncia el futuro del Superyó de 1923” (p. 71). En las mismas palabras de Brudny:

“esta represión primaria está orgánicamente o biológicamente predeterminada; que interviene como condición necesaria en el proceso de desarrollo libidinal, al determinar el pasaje de una etapa a la siguiente; que hay tantas represiones primarias como etapas del desarrollo; que determina el establecimiento de la moral (Superyó), que su ausencia o deficiencia trae aparejada una inhibición del desarrollo con consecuencias psicopatológicas; que su mecanismo de establecimiento es la contrainvestidura; que en el futuro las representaciones que entren en asociación con lo primariamente reprimido sufrirán también un proceso represivo, represión secundaria, a consecuencia del cual se producirá la liberación de angustia u otras formaciones patológicas, y el apartamiento de dichas representaciones del sistema Pcc-Cc.” (Brudny, 2006. P. 72).

Advertiremos enseguida que avanzadas las elaboraciones psicoanalíticas del propio Freud el problema de la vergüenza brilla por su ausencia, aunque cada cierto tiempo esboza líneas que nuevamente nos negaremos a menospreciar. En este escenario, y muy alejados de las discusiones teóricas al interior del movimiento psicoanalítico, sobresale la causa judicial en contra de Theodor Reik que algunos miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Viena interpusieron en la primavera de 1926, acusándolo de “curanderismo”. Como consecuencia Freud se manifestó enérgicamente en una carta publicada en septiembre del mismo año, sosteniendo que el ejercicio del

psicoanálisis no debía ser competencia exclusiva de los profesionales médicos. Pese a todo, nos resulta interesante que dicha polémica permitió a Freud elaborar un argumento extenso en defensa del análisis profano, publicado el mismo año bajo el título de “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial”, en que describe los logros obtenidos mediante el análisis. Entre otras cosas, puntualiza los beneficios y descubrimientos del psicoanálisis, como la sexualidad infantil, ya consabida por pediatras y niñeras. No obstante, en un breve pasaje de su argumentación sostiene que: “lo más asombroso de la vida sexual del niño es que recorre su desarrollo íntegro, muy vasto, en los primeros cinco años de vida; desde ahí hasta la pubertad se extiende el llamado *periodo de latencia*, en el que — normalmente— la sexualidad no hace progreso alguno, sino que, al contrario, las aspiraciones sexuales ceden en intensidad y es resignado y olvidado mucho de lo que el niño ya ejercía o sabía. En ese período de la vida, tras marchitarse el florecimiento temprano de la vida sexual, se configuran aquellas actitudes del yo que, como la vergüenza, el asco, la moralidad, están destinadas a poner freno a la posterior tormenta de la pubertad y a indicar las vías al anhelo sexual de nuevo despierto. Esto, que hemos denominado *acometida en dos tiempos de la vida sexual*, tiene mucho que ver con la génesis de las neurosis” (1926, p. 197). Lo anterior, aunque aislado, reviste gran valor tópico, pues identifica al yo como la instancia destinada a tramitar las vías de la sexualidad; más derechamente habla de “actitudes del yo” destinadas a poner freno a la segunda acometida de la vida sexual, que se vinculan con la génesis de la neurosis. Nuevamente aparece la vergüenza, junto al asco y la moralidad, como límites que restringen el libre devenir de la pulsión sexual en este nuevo despertar.

Posteriormente, en el verano de 1929 Freud emprende nuevamente un desafío por el que ya habría manifestado interés en el pasado, pero del que tampoco ha podido escapar triunfante, cosechando interrogantes que alimentan aún hoy los más acalorados enfrentamientos entre los seguidores de su obra. Desafío consistente en sustraer la reflexión psicoanalítica del tratamiento de las neurosis hacia el ámbito de los fenómenos sociales y culturales. Así pues, con fecha de 1930 se publica “El malestar en la cultura”, donde el principal tema a tratar es el irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. Nos resulta interesante que, aunque en apariencia el texto era muy actualizado en razón de los conflictos sociopolíticos de la época, en realidad son inquietudes de antaño las que sostienen lo fundamental del argumento freudiano. Por ejemplo, no mucho tiempo después del *Manuscrito K* de 1896, Freud le escribe nuevamente a su amigo Fliess, más exactamente el 31 de mayo de 1897, donde sostiene que “el incesto es antisocial”. También, como hemos podido apreciar, en los *Tres ensayos* de 1905 reaparece el vínculo de oposición existente entre la cultura y el libre desarrollo de la sexualidad, resaltando el carácter orgánico de los poderes que se levantan contra la pulsión sexual. Pero sólo pasado el tiempo logrará dar respuesta al problema de la naturaleza de dichos *diques psíquicos*, en una idea que desarrolla en el cuarto capítulo del texto objeto de nuestra atención.

La temática central del capítulo es la posibilidad de establecer una “represión orgánica” que favorece el camino de la cultura. En dicho escenario anexa una extensa nota al pie de página, donde señala que el relegamiento de los estímulos olfatorios por estímulos visuales es consecuencia de la posición bípeda del humano, lo que condujo a que los influjos de excitación sexual en la psique del macho fueran de efecto continuo, y no ya de manera intermitentes como lo fueron al estar bajo el

influjo de la menstruación femenina y la estimulación olfatoria. Agrega que esta “represión orgánica” surge a propósito del extrañamiento del ser humano respecto de la tierra, que vuelve visibles y necesitados de protección los genitales hasta entonces encubierto, desatando así la vergüenza. De modo llamativo, Freud resalta que “el fatal proceso de la cultura”, se sitúa en el comienzo con la postura vertical del ser humano y que este devenir-visible de los genitales prosigue hacia la continuidad de la excitación sexual, la fundación de la familia y con ella a los umbrales de la cultura humana. Como puede apreciarse, Freud llega bastante lejos con su “especulación teórica”, pero para nosotros adquiere un valor incalculable esta pequeña reflexión en torno a los orígenes de la cultura; la vergüenza estaría relacionada con la exposición de los genitales.

## Conclusiones

Al finalizar nos vemos incitados a reconocer las limitaciones de nuestra exposición luego de este desafío autoimpuesto; en principio habría que destacar el desinterés que el mismo Freud tuvo para enfrentar el problema que supone el estudio de un afecto tan particular. Sabemos que no despreció el problema de la angustia, el amor o el miedo, pero suponemos que lo que haya dejado pendiente será una inevitable tarea de sus seguidores y/o lectores asiduos. De ahí que insistamos en no tener pretensiones de clausura teórica, sino de rescatar lo fundamental, aunque escaso, de lo dicho por el autor al respecto de la vergüenza.

En seguida, una conclusión preliminar se nos impone, y es que Freud, a lo largo de toda su obra, desde 1896 hasta 1930, supo entregar un lugar al sentimiento de la vergüenza en la causalidad psíquica, que se blandió entre lo anatómico y lo psíquico, entre lo orgánico y lo cultural, entregándole en definitiva un valor

estructural. Descubrimos, igualmente, en el concepto de *dique psíquico* el elemento diferenciador de la función de la vergüenza en el devenir del desarrollo psicológico del ser humano, que de la posición perversa polimorfa de los primeros años de infancia las pulsiones sexuales se someten a un estado de control en el que las aspiraciones sexuales ceden en su intensidad para el posterior encausamiento de una sexualidad madura. Por supuesto que tenemos la desdichada sensación que a cada paso adelante que damos surgen inevitablemente mayor inquietudes, por ejemplo la relación que podría mantener la perversión en un sentido estructural con la vergüenza, o como se mencionó más arriba, con el horror y el dolor. Sin embargo, es posible aventurar que lo propio de la neurosis se suscita en el advenimiento de dichos diques psíquicos, que como la vergüenza, le pone un límite el libre desarrollo de la perversidad o inmoralidad; se resalta entonces el carácter público que tiene la vergüenza para el aparato anímico. Recordemos que es el *devenir-visible* de los genitales el factor fundamental del extrañamiento del humano respecto de la tierra; es decir que otro pueda ver y tomar noticia de la sexualidad del prójimo. Nuevamente, señalamos un íntimo vínculo entre la vergüenza y el ser visto, al igual que el obsesivo que teme que el otro esté al tanto de un suceso que genera una acción-reproche; ante el saber del otro se avergüenza el sujeto. Entonces, si la culpa tiene un valor fundamental por ser íntima, la vergüenza se destaca por lo público de la experiencia. Pensemos en el breve pasaje del *Manuscrito N* (1897, p. 300) en que Freud describe que un sueño interesante es aquel en que a medio vestir o desvestido por completo uno se pasea con vergüenza, pero por regla general la gente no repara dicha condición en uno.

Podemos señalar entonces que la vergüenza, junto a otras operaciones del yo, se posiciona para restringir la perversidad, pero no deja de sorprender que para Freud

a veces sea tratada de manera indiferenciada como una resistencia y en otras como represión, también como dique psíquico pero describiendo en sí mismo una misma función. También podemos reconocer el afán de Freud por describir una suerte de represión originaria, que vinculada a la vergüenza, ha permanecido desde los inicios hasta el final de su teorización, no descansará hasta encontrar los argumentos que sostenga la posibilidad de pensar un límite orgánico y autónomo al desarrollo de la sexualidad infantil, de carácter perverso. De ahí que es posible aportar que si bien Freud describe un sinfín de elementos que vinculan a la vergüenza con la neurosis, se nos pueda convertir en una herramienta diferenciadora de la perversión y así caeremos en cuenta del uso popular de la expresión que indica a las personas en ausencia de vergüenza, más sencillamente llamados sinvergüenza.

## **Bibliografía**

- 1.- Brudny G (2006). Complejo de Edipo y su disolución o represión primaria en la obra de S. Freud. *Psicoanálisis, APdeBA*, 28(1):65 – 92.
- 2.- Chemama R (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- 3.- Freud S (1896). Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad) (1° de enero de 1896). A.E 1.
- 4.- \_\_\_\_\_ (1897). Manuscrito N. Anotaciones III. A.E. 1.
- 5.- \_\_\_\_\_ (1905). Tres ensayos de teoría sexual. Buenos Aires: Amorrortu, 2015.

- 6.- \_\_\_\_\_ (1926). *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Diálogos con un juez imparcial. A.E.20.
- 7.- \_\_\_\_\_ (1927). *El porvenir de una ilusión*. A.E.
- 8.- \_\_\_\_\_ (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. A.E. 21.
- 9.- Laplanche J & Pontalis J-B (2006). *Diccionario de psicoanálisis*. Bajo la dirección de Daniel Lagache. Buenos Aires: Paidós.
- 10.- Le Guen C (1993). *La represión*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 11.- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22.a ed.). Consultado en: <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=be2F2r6>

Email: marcoantonionegrono@gmail.com